

SONÉ que era un halcón. Me fascinaron desde el día en que los vi por primera vez, en la zona donde vivo. Recuerdo que nos mudamos un miércoles y, a la semana, avisté uno posado en la barra más alta del columpio del patio trasero (reliquia de propietarios anteriores, ni siquiera del que me había vendido la casa). Amanecía y allí estaba el halcón —o ¿sería águila?: mi mujer decía que era demasiado grande; nunca nos pusimos de acuerdo, ni en esa ni en las otras ocasiones en que lo discutimos—. Águila, azor, cernícalo, fuese lo que fuese, lo consideré signo de buena suerte, de que todo nos saldría bien y la mudanza había sido un acierto. Mi argumento principal era que tendríamos espacio para una familia; eso convenció a Maryann, pese a la cuota inicial, un poco por encima de nuestras posibilidades. Me corrigió: un poco es eufemismo. No sé si allí sentí un pinchazo. O si fue al descubrir el halcón (que ella siguió llamando águila cada vez que pudo para llevarme la contraria; no soy experto, y confieso que no distingo águilas de halcones, y el factor tamaño se suma: los que veía en los alrededores ciertamente cumplían requisitos de águila). Pintamos la casa. Le agregamos un garaje. Hicimos arreglos en el sótano húmedo, en que aparecían charquitos sin previo aviso; un defecto menor, me imaginaba. Eso fue al año; a los dos, en vez de pintar de nuevo el exterior decidimos forrar la casa de vinilo, como vimos que había hecho la mayoría de los vecinos. Cuando

ponía manos a la obra en esas mejoras, durante la primavera o el verano (alguna vez se me ocurrió la locura de hacerlo en el otoño, pero casi no lo aguanté), pasaba horas intensas en el exterior, y entre tareas me dedicaba a espiar los movimientos de los halcones. Tratándose de ellos, ver y ser era lo mismo. Anidaban en la arboleda que teníamos en el patio trasero; en las pequeñas colonias de robles y arces que los del vecindario dejábamos crecer entre las casas, para marcar linderos sin recurrir a las espantosas cercas que el hielo de enero y febrero acababa desencajando. Espiaba, como digo, a los halcones: en invierno, una pareja de plumaje rojizo; hacia marzo, la pareja cambiaba: tenía el pecho blanco y se comunicaba con chillidos. Los había grisáceos o de un marrón cobrizo. No faltaba el solitario, tarde o temprano desalojado por los cuervos, esos detestables, en pandillas de tres y hasta de más. Los maleantes acosaban al pobre halcón, allá tan alto. Hijoputas los cuervos. Que no son cuervos sino grajos, decía Maryann, óyelos. Yo escuchaba, pero no sabía distinguir. De las equivalencias estaba seguro: si me tocase ser ave preferiría ese halcón, así que los pajarracos que lo perseguían en el cielo, y lo picoteaban, y no se largaban, volvían a picotearlo, los muy zarrapastrosos comebasuras hijoputas ya está dicho; los asquerosos no merecían respeto. De tener escopeta les habría disparado (¿escopeta?, querrás decir rifle...; qué sabes tú de armas, habría sentenciado Maryann si me hubiese oído los pensamientos). Lo que me recuerda que, por esa época, con la abundancia de bosques que teníamos cerca de la zona donde ahora vivíamos, me entró la fantasía de cazar. Mis compañeros de trabajo (cuántas veces no los habré escuchado, un poco embebido de ese acento de Nueva Inglaterra, en que las erres se volatilizan), los cuatro o cinco de siempre, se juntaban el fin de semana para ir a meterles tiros a los venados, que brincaban por todos lados,

los muy plaga, y causaban entre cuatro y ocho accidentes de tránsito al mes, según leí en los periódicos del condado. Además, para purgar cinco días de encierro en laboratorios y talleres ópticos era un alivio salir con los amigos y volver con un par de bambis atados en el techo del auto (mejor allí que empotrados en el motor, luego de dejar el capó inservible). Nunca me animé; lo de tener un arma e irme a cazar era una tentación, sin duda, y miré catálogos para ver qué me convendría comprar como principiante, luego de las respectivas clases y el examen —supuse que eran los canales regulares—: un Weatherby Vanguard Series 2, ajá, el mejor rifle por su precio, ese encargaría si finalmente me atreviese a volverme cazador. El tal Weatherby lo habían mencionado mis colegas, y no quería quedarme atrás. El paquistaní que les traía municiones baratas, baratísimas, juraba que podía localizarles uno incluso a mitad de precio. Si me atreviese, tendría que lidiar con el paquistaní, porque el sueldo no me llegaba para mantener una casa y encima una afición de ese porte. Pero atreverse costaba más. Fastidiaba que la tentación fuera tan fuerte que me atontase durante días sobando las posibilidades, sin que me saliera nada sino una neblinosa indecisión. En eso empezamos a ponernos mal Maryann y yo; lo nuestro. No sé cuántos médicos consultamos por la cuestión de la esterilidad. Estábamos en el asunto antes de la mudanza y, quién quita si, por miedo a encarar la situación, nos pareció que comprar un lugar iba a obrar magias para tener hijos. Claro, en el momento no lo entendíamos, ni nos lo explicábamos a nosotros mismos. Dos, tres años, casi cuatro duró el *tour* de consultorios. Hasta que a ella por una carambola del destino le diagnosticaron lo que nadie anticipa, un tumor en el útero. La histerectomía con cada una de sus sílabas nos tocó a la puerta y se quedó pagando alquiler con una depresión de pastillas interminables, luego esa tris-

teza pegajosa, que no se le pasó a Maryann, que no se nos pasaba por más que tratamos. Deseábamos morirnos; supongo que Maryann más que yo, pero tampoco tenía ella derecho a despreciar mi horror lento, mis ganas de llorar sin previo aviso, mientras reparaba el sótano o contenía el asedio de goteras que aparecían un día dejando charcos que iban a convertirse en piscina si no me espabilaba. Glup glup glip glop, glup glup glip glop. ¿Sonaban? Serían ecos. Ajusta un tubo acá, un tubo allá, y mira: el demonio de la gota se manifiesta una semana después a unos cuantos metros. Arreglos de nuevo, y de nuevo otra gotera en otro rincón impredecible. Goterones. Gotas. Gotitas: por minúsculas que fuesen estaban allí y dormido me perturbaban. Maryann, en cambio, se aisló; dejó de reunirse con las pocas amigas que había hecho desde la mudanza, echaba de menos a su hermana, a sus primas, que cómo se nos había ocurrido interponer tanta distancia. En este maldito pueblo que no es pueblo ni ciudad ni nada: casas entre árboles, árboles entre casas; tramos de bosque, tramos de casas. Árboles, casas. ¿Dónde rayos está el centro? Una no puede vivir sin centro. Yo intentaba calmarla: parece que no fueses de este país; no es tan distinto de la zona donde antes vivíamos, ¿no?, tampoco de donde naciste. Ella insistía: ¿por qué escogiste este lugar y no otro? Le recordé que no había mucho que hacer, porque me habían trasladado los de la compañía, y que obtener un nuevo traslado costaría. Y, oye, que no escogí sin preguntarte, Maryann; acuérdate de que lo hablamos largo. Tú misma dijiste que sí. Ella entraba en razón: pide otro traslado; inténtalo. Lo intenté; averigüé. Tampoco se trataba de ponerle presión a la gerencia, porque eran tiempos de recortes drásticos y austeridad (o sea, decapitación de personal), así que mejor no fastidiar. Maryann comprendía, y a las dos semanas no comprendía. Íbamos exasperándonos. Lo peor eran los sueños:

durante las últimas noches que dormimos juntos la sentía estremecerse en su lado de la cama, sacudirse, daba saltos y a veces gritaba. Soñaba con niños muertos. Niños muertos, de ojos pinchados (manchas negras, decía), columpiándose allá afuera, en el patio. Una noche una pareja, niño y niña; otra, solamente esta, muy magullada, arreglándoselas para llorar, aunque no hubiese más que oscuridad en las cuencas de sus ojos. Yo intentaba abrazar a Maryann, ella no se dejaba; no se dejó nunca más, en realidad. Mis palabras de consuelo pecarían de sensatas: acuérdate de tu hermano, tiene que ser eso. El único hermano que había tenido se había muerto a los dos años, de una leucemia. Cuando acabé de formular la hipótesis ella me miró como queriendo desaparecerme, como si yo fuese una cosa hedionda, repugnante: ¿es lo único que se te ocurre decirme? Supuse que todo iría de mal en peor a partir de ese instante, pero decidí no aceptarlo. Eso sí, me pidió que la dejara tranquila, lo que significaba que me mudara a otro cuarto. No habríamos logrado conciliar el sueño haciéndole yo compañía: las pesadillas con niños muertos se contagian y lo único que las borra son los insomnios con goteras, o con el entrechocar de las cadenas de los columpios, agitados por el viento. Columpios con cadenitas que hacen clinclín clinclán, oscilantes, vacíos; con la mirada muerta. Una vez, luego de un almuerzo en que no dijimos ni una palabra, cediéndole a la televisión, como siempre, el derecho de expresarse, le sugerí a Maryann que buscara empleo, que le haría bien salir de casa; aires nuevos, ¿sí? El aire nuevo que se puso a respirar lo halló en casa de su hermana, prácticamente del otro lado del país. Un día llegué del trabajo y leí un papelito pegado con un imán en la nevera:

*Me fui adonde mi hermana.*